DOÑA ELVIRA DE BELLOCH,

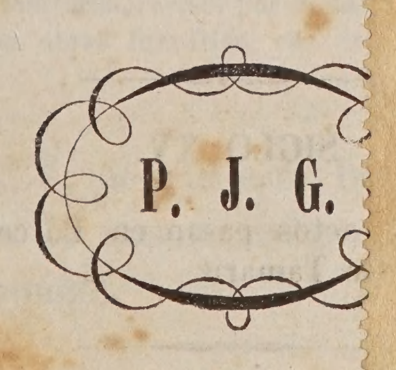
ó

HAY NOBLES QUE NOBLES SON.

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. FRANCISCO M. SERVERA.



PALMA.

IMPRENTA DE PEDRO JOSE GELABERT.

Enero de 1851.

PERSONAJES.

DOÑA ELVIRA.

DOÑA MARGARITA, su madre.

GERTRUDIS, aya de doña Elvira.

DON RAMIRO QUERALT DE ENTENZA, (caballero negro.)

DON ARNALDO DE BELLOCH.

REBOLLEDO, compañero de armas de don Ramiro.

EL CONDE DE PALLÁS.

EL VIZCONDE DE ILLA.

JIMENO, criado de don Arnaldo.

GUIMERA, (no habla.)

DOS EMBOZADOS.

CRIADOS, GUERREROS DE DOS BANDOS, CABALLEROS.

SIGLO XV.

Los dos primeros actos pasan en Barcelona: el tercero en el castillo de Tamarit.

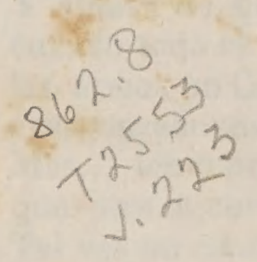
AL MUY ILUSTRE SEÑOR

Don Joaquin Maria Bover,

del consejo de S. M., su Secretario, caballero de la ínclita y militar órden de San Juan de Jerusalen, individuo de la real Academia de la historia, de la de anticuarios de Amberes, de la Sociedad científica, artística y literaria de los Pirineos orientales, y de la geográfica de Lisboa; socio de número de la academia de los Arcades de Roma, de la de ciencias y buenas letras de Córdoba, y de la sociedad económica de Madrid; académico de honor y mérito de la de Esculapio, de la de buenas letras de Sevilla, y de las de nobles y bellas artes de San Cárlos de Valencia y de San Luis de Zaragoza; socio de mérito de las económicas de Málaga, Murcia, Mallorca, Sevilla, Zaragoza y Valencia, del Instituto español, y de la Academia nacional de Arqueología, corresponsal de otras muchas corporaciones científicas, revisor por S. M. de manuscritos antiguos y autor de varias obras literarias, etc. etc.

Ruego á V. acepte esta buena ó mala produccion con la misma voluntad con que se la dedica su amigo.

Francisco M. Servera.



ACTO PRIMERO.

Salon gótico amueblado con suntuosidad, en la casa de don Arnaldo de Belloch.—Puerta en el fondo: otras laterales; y junto á la derecha un balcon que da á la calle. Una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

DOÑA ELVIRA.—DOÑA MARGARITA.—EL VIZCONDE.

MARG. Decis, pues, señor vizconde
que han llegado ya á esta hora
los de Italia?

VIZCON. Si, Señora:
así me lo ha dicho el conde.
de Pallás.

MARG. Gran capitan!

VIZCON. No es honrarle en demasía,
porque él solo es, á fé mia,
quien sostiene nuestro afan.

MARG. Nuestro afan, decis?...

VIZCON. Sí tal.

MARG. En verdad, que no sé adonde
vais á parar.

VIZCON. No?

MARG. Vizconde;
¿no fuisteis siempre neutral?

VIZCON. Y apesar de que lo soy
cuando todo el mundo empuña
las armas en Cataluña,
avergonzado no estoy.
Mas... temo no lo consiga...
que otro recurso me queda?
Tal vez mi constancia ceda
á tantos golpes de intriga.

Y es difícil que resista
á estos tres grandes motores,
«amor, riqueza y honores.»

MARG. Oh! Vizconde!... me contrista
tan nueva resolucion.
De honores, colmado estais;
riquezas, las despreciais;
será, pues, una pasion
la causa de vuestro giro.

VIZCON. Sí, sí; una pasion ardiente
que me trastorna la mente,
por la cual solo respiro.

MARG. Pues entonces, ¿qué os detiene?
Desafiad vuestro destino:
no busqueis por tal camino
vizconde, lo que os conviene.

VIZCON. Y á no haber otro, señora,
me condenarais?...

MARG. No tal.

VIZCON. Pues sucede esto, cabal:
y un pecho que tanto adora
hará un sacrificio, sí,
al objeto de su amor.

ELVIRA. Sois muy callado, señor:
¿y nada habiais dicho aquí
de esa pasion que os agita?

VIZCON. Perdonad: despues de Dios
la primera sereis vos
que lo sepa, señorita.

ELVIRA. Con que, nadie sabe?...

VIZCON. No:
ni hasta el mismo ser que adoro...
Esta pasion que devoro
tan solo me la sé yo.

MARG. El caso es original.

ELVIRA. Y no lo comprendo, á fé.

VIZCON. Si gustais, lo esplicaré.

ELVIRA. Me dais placer sin igual.

VIZCON. Ya comprendeis el apuro
en que Barcelona está:

tal vez pronto mirará
derruido todo su muro,
y entrar por él con furor
á esa canalla estrangera
que ansiosa el momento espera
de saciar su vil rencor.
El que está comprometido
lo conoce bien, señora,
y busca ansioso á esta hora
quien defienda su partido.
El padre de la que adoro
asaz enredado está
con los revoltosos.

ELVIRA, Ya!

VIZCON. Y me otorga ese tesoro
con solo una condicion
que cumplir he prometido.

ELVIRA. Señor de Illa ¿y cuál ha sido?

VIZCON. El defender su opinion.

ELVIRA. Pues entonces, sois dichoso.

VIZCON. No lo creais: mi esperanza
no es segura, y no se alcanza
tan pronto un fin venturoso.
Si me amase de buen grado
ella, feliz fuera yo;
mas, su *sí* no quiero, no,
si ha de ser un *sí* forzado.

ELVIRA. Dejad, pues, vuestro temor:
sois rico, jóven, galante,
y basta un pecho de diamante
ablandará vuestro amor.
Sí: sereis correspondido,
á no ser que esa señora
tuviese de antes de ahora
su amor ya comprometido.
Sí será... pero ¿no ois? *(Suenan en la calle rumores y vivas.)*

VIZCON. No pienso que pueda ser.
Ahora mismo lo iré á ver
si vos me lo permitís.

ELVIRA. Id con Dios, vizconde.

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA.—DOÑA MARGARITA.

ELVIRA. Ah!
madre mia!... pienso, pienso
que es á mí á quien se refiere
el vizconde.
MARG. Será cierto!
¿Seria capaz tu padre
olvidando el juramento
que hizo á Ramiro, enlazarte
al vizconde?... no lo creo.
ELVIRA. De todo, madre, es capaz
el que se entrega frenético
á un partido: sacrifica
su familia, cuyos ruegos
penetrantes, lastimeros,
en su pecho no hallan eco.
MARG. Sí le hallarán, dado caso
que todo esto fuera cierto.
Ramiro Queralt de Entenza
no se borra de tu pecho,
y pronto se cumplirá
vuestro mútuo juramento.
Tal vez hoy habrá llegado
con esos de Italia.
ELVIRA. Es cierto.
MARG. Pues, tres años hoy se cumplen
que partió de aqueste suelo;
y puesto que cumplió el plazo,
en alas de amor envuelto
vendrá, lleno de esperanza.
á calmar tu desconsuelo.
ELVIRA. Oh! si fuese, madre mia,
cuál seria mi contento!
Pero... mi padre, mi padre!
MARG. Sabremos cortarle el vuelo
si acaso pretende... Mas
escucha... ¡qué movimiento!

Voces. (*En la calle.*) Viva! viva!
MARG. ¿Qué será?

ESCENA III.

DICHAS.—GERTRUDIS.

MARG. Gertrudis, sabes que es esto?
GERTRU. Son los de Italia, que ahora
acaban de dispersar
á los franceses.
ELVIRA. A entrar
se atrevieron?
GERTRU. Sí, señora.
Mas salieron muy ligeros
otra vez de la ciudad.
Venid, señora, acercad (*Al balcon.*)
y vereis á esos guerreros.
Y en medio de antorchas mil
al que los manda arrogante,
que sobresale galante
cual la rosa en el pensil.
Que hermosura?... vedle...
ELVIRA. Ah!!
Cielos!... que es lo que miro?
Él es, sí...
MARG. Quien? Quien?
ELVIRA. Ramiro!!
Oh! madre mia, aquí está. (*Abraza á su madre*)
MARG. Lo ves... (*Entra en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA IV.

ELVIRA.—RAMIRO (*en el fondo acompañado de guerreros con hachas encendidas.*)

RAMIRO. Gracias, compañeros.
Con vuestro deber cumplisteis;
y puesto que ya vencisteis
que descansen los aceros.

Y si esa chusma cobarde
del hierro traidor que empuña
hiciere otra vez alarde,
que hijos sois de Cataluña
les probareis otra vez.

REBOLL. Todos con vos lidiaremos,
y victoria alcanzaremos
ó moriremos en prez.

RAMIRO. Pues, en vosotros reviva
la patria, que está ultrajada
por esa chusma menguada.

REBOLL. Viva don Ramiro!

TODOS. Viva! *(Se retiran.)*

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA.—DON RAMIRO.

ELV. Ramiro! eres tú?

RAM. Mi hermosa Elvira!
Sí, tu amante, que lleno de esperanza
llega á tu lado y con placer respira
despues de tanto tiempo de tardanza:
y al ver la luz de tus divinos ojos,
mi mente, que al oirte se estasía,
suelta al olvido las pasadas penas
y se entrega al placer y á la alegria.
Siempre la misma, no es verdad?... el llanto
que esa frente tan pura
va bañando, no es llanto de tristeza,
es llanto de placer y de ventura:
gozo radiante que en tu tierno pecho
no cabe, y sale por tu vista hermosa,
dibujando carrera encantadora,
igual á la que en alba misteriosa
deja tras sí sobre las ledas flores
la sonrosada luz de la mañana,
alumbrando con vívidos fulgores
sus discos esmaltados de oro y grana.
Dime: ¿no es verdad que aqueste llanto

es de amor, bella Elvira, de amor solo;
que en mi ausencia, este amor, mi bello encanto,
con fé guardaste, sin engaño y dolo?

ELV. Oh! sí: mi pensamiento te seguia
vagando por los anchurosos mares,
y en ellos ¿lo creerás? yo te veia
calmando, hermoso amante, mis pesares.
Y el tierno amor que desde nuestra infancia
vimos crecer en nuestros corazones,
cual un volcan ardiente
en mi agitada mente
le ví aumentar con loco desvario;
y el recuerdo de tu pasion querida
que fué el consuelo de mi triste vida
lo guardará eternamente el pecho mio.
Y la idea tan solo de perderte
que aquí, en mi mente, cual aguda espina
clavada está, Ramiro, martiriza
mi corazon nacido para amarte
con pasion voraz, irresistible,
que cuanto mas apagarla intento
se vuelve mas y mas inestinguible.

RAM. Perderme, vive Dios! quién osaria
sacarte de mis brazos?... ¡inhumano!
primero de su pecho arrancaria
con su pasion su corazon villano!—
No temas por mas tiempo, bella Elvira..,
Esos preságios de amargura y pena
sueños son de tu ardiente fantasía.
Rómpase desde hoy la atroz cadena
que en un tiempo de ausencia y desventura
al dolor á los dos nos arrastraba,
cuando con déspotas y férreas leyes
destino aterrador nos imperaba.

ELV. Sí: rómpase desde hoy, y lleve el viento
fatal recuerdo que en su amarga pena
medroso delineaba el pensamiento.
Ya estoy risueña ¿ves? estoy serena,
vagando en sueños de oro
porque á tu lado estoy, y ciega te adoro.

Te amo, cual adora el avariento
el metal que atesora,
cual adoran las flores en el prado
la brisa suave de la bella aurora
que derrama en su disco purpurino
ricas perlas de néctar matutino.

RAM. Y aqueste amor que enlaza nuestras almas,
toda mi dicha, mi único contento,
Dios lo aprobará querida Elvira
desde los cielos, su eternal asiento.

ELV. Mas mi padre quizas habrá variado...

RAM. Darme tu mano prometiome un dia,
y ora que vengo lleno de esperanza
cumplirá su palabra, hermosa mia.

ESCENA VI.

DICHOS.—DOÑA MARGARITA.

MARG. Y yo os lo aseguro, sí.

RAMIRO. Mil gracias, madre y señora... *(Le besa la mano.)*
Oh! cuanto me place ahora
el oiros hablar así.

MARG. Y por qué esa admiracion?

RAMIRO. Porque me habeis convencido
de que el tiempo no ha podido
borrar vuestra inclinacion.
Solo vos y Elvira, sí;
olvidando á lo presente,
pensabais en un ausente,
os acordabais de mí.
Y el grito de mi pasion
que el aura inmensa surcaba,
solo, tan solo encontraba
eco en vuestro corazon.
Niño bastardo nací, *(Con agitacion.)*
y orgulloso y ciego el hombre
me negó cobarde un nombre
que con afan me adquirí.
Y tras de negra tortura

años sin cuento, pasé,
y en ellos ¡ay Dios! probé
horas grandes de amargura.
Mas quiso con esta vida
sin duda probarme Dios,
que encontraria en las dos
madre y esposa querida!

MARG. Oh! calmad vuestra inquietud...
esa mancha es ilusoria...
para mí es la mejor gloria
el valor y la virtud.
Vos ambas cosas teneis:
ellas os dan buen renombre,
y al de mas prez y mas nombre
escarnecerle podeis.
Y en prueba de mi opinion,
que aunque el rey me la pidiera,
entre vos y el rey no hiciera
un punto de distincion.

ELVIRA. Pero mi padre... *(Descúbrese don Arnaldo en el fondo.)*

RAMIRO. Pardiez!
silencio...! vedle allí.

ELVIRA. Ah!!

RAMIRO. No temas, se cumplirá
nuestra esperanza esta vez.

ESCENA VII.

DICHOS.—DON ARNALDO *(que va á estrechar la mano á don Ramiro.)*

ARNAL. No me engañó el pensamiento...
encontrarte aquí creí:
lo dige cuando salí
del Consejo de los ciento.
Nunca sordo se mostró
un hijo de Cataluña
que valiente espada empuña,
cuando el pais le llamó.
Y Ramiro no debia
de mostrarse menos fiel,

que ese arrogante tropel
que nos acude este dia.—
Tu padre está en Tarragona:
mi casa es, pues, tu posada
hasta que esté destinada
á otra parte tu persona.
No necesitas instruir...
Ya sabes nuestra intencion:
«guerra á don Juan de Aragon,
«sin cuartel, hasta morir.»
Cuidado pues: esa gloria
que de Italia trasportais,
á ver si la conservais
alcanzando la victoria.
Tu fé tienes ofrecida...

RAMIRO. Y al Consejo á quien juré
que bueno soy probaré
con mi honor y con mi vida!
Pues sin saber que ha pasado,
considerándole fiel
puesto que sois miembro de él,
al frances he acuchillado.
Y han de llevar ¡voto á tal!
cuchilladas, hasta tanto
que respeten con espanto
nuestro pendon nacional.

ARNAL. Bien, hijo miol... Jamas *(estrechándole la mano.)*
te alejes de esa carrera...
Parte luego que te espera
ora el conde de Pallás.
Él es nuestro general:
cumple pues con noble empeño
los mandatos de tu dueño:
si no lo haces harás mal.

RAMIRO. Parto pues. *(Saluda, vase y retrocede.)*

ARNAL. Vete con Dios.

RAMIRO. Me olvidaba,.. al regresar
por favor me hais de escuchar;
tenemos que hablar los dos.

ARNAL. Está bien. *(Le señala la puerta.)*

ESCENA VIII.

DON ARNALDO.—ELVIRA.—DOÑA MARGARITA.

ARNAL. Ya sé lo que
va á pedirme... mas ¡pardiez!
siento mucho que esta vez
no pueda servirle, á fé.
ELVIRA. Qué decis!
ARNAL. Que á no dudar
me pedirá vuestra mano...
MARG. Y la negareis?
ARNAL. Es llano.
MARG. Oh!... ven conmigo á llorar! *(Abraza á doña Elvira.)*
Huye de ese padre cruel
que así al deber esclaviza...
que tu placer tiraniza
siendo á su palabra infiel.—
Cuando un noble, á lo que infiero, *(A don Arnaldo con altivez.)*
á su juramento olvida
razon tendá por mi vida:
y la vuestra, caballero?
ARNAL. La mia, aunque á vos no os cuadre,
muda la habeis de aceptar.
ó de no, os haré callar.
MARG. Lo veremos; soy su madre!
Y ante los hombres y Dios
la defenderé, entendeis?...
Ya que cumplir no sabeis,
yo sabré cumplir por vos.
ARNAL. No me vengais con engorros:
lo dicho!
MARG. Si haceis tal cosa,
seré cual hiena rabiosa
que defiende á sus cachorros.
Y antes que vuestra intencion
se cumpla, hais de entender,
que habreis tenido que hacer.
pedazos mi corazon.
ARNAL. Es vana vuestra rencilla...
nada atras volverme hará...

dentro tres dias será
la vizcondesa de Illa.

MARG. Pues yo os lo sabré estorbar.

ARNAL. Porque no venga ese caso
hais de saber que de paso
medidas supe tomar.

ELVIRA. Ah! padre mio!... perdon!

MARG. No le vayas á implorar.

ELVIRA. Ah! nos van á separar!...
Por mi madre compasion!! (*Cae de hinojos.*)

ARNAL. Eh!... silencio: basta ya... (*Rechazándola.*)
no hay compasion.

ELVIRA. Oh! que horror!!

ARNAL. Hola!... la silla! (*Sale Jimeno.*)

JIMENO. Señor,
dispuesta en el patio está.

ARNAL. Que va la vida repara
en ello. Corriendo ahora (*Dando un papel.*)
conducid á esa señora
al claustro de Santa Clara.

MARG. A un convento!!

ARNAL. Allí estareis
muy bien, si mal no me fundo;
mas... separada del mundo
guerra hacerme no podreis.
Partid... de no ¡voto á brios!
me obligareis...

MARG. ¡Hija mia! (*Abrazándola con la mayor efusion.*)
con placer te volveria
á mis entrañas!... A Dios!!

ESCENA IX.

DON ARNALDO.—DOÑA ELVIRA.

ARNAL. Y tú, despacio medita
lo que mejor te conviene,
ó dar la mano al vizconde,
ó la muerte.

ELVIRA. No la teme,

la que perdió la esperanza
que lisongeaba su mente,
y el cuadro de tanta dicha
que á su vista se oscurece!
¿No fuisteis vos que otro tiempo
me digisteis; te conviene...
á mis ojos este amor
les será agradable siempre?
¿No fuisteis vos que á Ramiro
le digisteis; lidia y vence:
cúbrete con el laurel
que á los hombres engrandece,
y despues ven, hijo mio,
ven, que yo te espero siempre
para cumplir la palabra
que un tiempo quise ofrecerte?
Ah!... sí: vos erais.., y ahora
olvidais cobardemente
una promesa sagrada!...
Y por qué?

ARNAL. Porque conviene.
En esa lucha tan doble
nunca quiso libremente
entrar el vizconde de Illa;
y ora hacerlo me promete
si le concedo tu mano:
es rico, jóven, valiente,
y el peso de la balanza
con él mucho aumentar puede.

ELVIRA. ¿Y qué se me importa á mí?
Reine en la tierra quien reine.
Y ha de merecer mi amor
porque va á hacerse rebelde?
Oh!... nunca! jamas!

ARNAL. Infame?
tu labio vil enmudece.
Mi partido dices?.,. Calla!
solo él todo en mí lo puede.
Honor, riqueza, ambicion
todo con gusto se pierde;

y si me pide la vida,
mi vida sabré ofrecerle.
No estrañeis, pues, que gustoso
tu existencia ora le entregue.

ELVIRA. Acaso á vuestro partido
Ramiro no pertenece?

ARNAL. Así es; pero de una espada
disponer tan solo puede;
y el vizconde llevará
tras sí, miles de valientes.

ELVIRA. Pues no espereis tal de mí...
tranquila aguardo la muerte.
¡Querido Ramiro! tú
solo puedes merecerme!

ARNAL. Y no piensas, desdichada,
que ha de seguir á tu muerte
la de tu madre!...

ELVIRA. Perdon!! *(Cae arrodillada.)*
mi pobre madre!...

ARNAL. Obedece;
y esta noche la tendrás
á tu lado ciertamente.

ELVIRA. Pues bien, padre cruel!... por ella *(levantandose con la mayor entereza.)*
en el caos voy á meterme
de la desdicha!... Obedezco.

ARNAL. Y si una voz solamente,
una palabra indiscreta
al vizconde indicar puede
vuestro desamor, os juro
por el sol resplandeciente,
que este puñal ha de hundirse
en vuestra garganta aleve.
retirad.

ELVIRA. (Qué pesadilla!) *(Vase.)*

ESCENA X.

DON ARNALDO *y luego* UN CRIADO.

ARNAL. Es útil conforme siento

se le dé aviso. *(Vase á la mesa: escribe: toca la campanilla: sale un criado; y le entrega el pliego, diciéndole.)*
Al momento
al señor vizconde de Illa.

ESCENA XI.

DON ARNALDO.

Alienta al fin corazon...
La suerte te favorece;
y en cada momento acrece
el vuelo de tu ambicion.
Amor, deber, religion
olvidé con loco anhelo;
y por ese árido suelo
con tanto tino seguí,
que al estremo recogí
el fruto de mi desvelo.
Ya no me infunde pavor
de la Francia el alarido:
ni el campeon embravecido
de ese rey usurpador.
Pondrá freno aterrador
mi ambicion á tu ambicion;
y ha de ser el escalon
por do tengo de subir,
ese que ha de producir
tu deseada perdicion.
Sí, vizconde; tú serás
gefe de nuestro partido,
y cual esclavo rendido
mi mandato acatarás.
Tu mis huestes lanzarás
en la contraria mitad
promulgando la igualdad;
mas... dueño yo de la cohorte
haré que pronto se acorte
tanta y tanta libertad.

La pondré á mi modo, sí:
y haré luego lo que todos
que entrando por buenos modos
dicen despues: «alto aquí.»
Respetad, necios, en mí
al que á vil yugo os condena...
me disteis de la cadena
el cabo mas poderoso,
destruyendo así medroso
la igualdad que te enagena.
Mas oigo pasos... quizá
ya está aquí...

ESCENA XII.

DON ARNALDO.—DON RAMIRO.

ARNAL. Hola! Ramiro!
¿te ha ido bien?
RAMIRO. Sí.
ARNAL. No me admiro:
Es gran hombre el de Pallás.
RAMIRO. Es muy valiente y muy ducho...
Mas pasemos, por favor,
ahora á otro asunto, señor.
ARNAL. Hablad, Ramiro, os escucho.
RAMIRO. Tal vez pronto, y no lo estraño,
de Barcelona saldré;
y acaso fuera estaré
todo el venidero año.
Por lo mismo no estrañeis
don Arnaldo, que al partir
con afan venga á pedir
que á vuestra Elvira me deis.
Nada injusto os pido, no;
pues, cuando á Italia partí,
digisteis «es tuya, sí
mientras tanto exista yo.»
ARNAL. Lo será siempre, hijo mio,
porque este mi gusto es.

RAMIRO. Gracias, señor...
ARNAL. Dentro un mes
os casareis: no es tardío
el plazo.
RAMIRO. Mas si he salido
antes de ese dia?
ARNAL. Bah!
entonces ella saldrá
á juntarse á su marido.
¿Estas satisfecho?
RAMIRO. Sí.
ARNAL. Ahora bien: que ha dicho pues
el general?
RAMIRO. «Que tal vez
mañana saldré de aquí.
Que en el campo hay gran bureo:
que sofocarlo es preciso;
y que le tiene indeciso
la llegada de un correo.
Que saldrá inmediatamente,
y lo hará disponer todo,
para que así, de este modo,
todo al punto esté corriente.
Que nos estemos alerta:
que á mis tercios pase aviso
por si salir es preciso
al campo de la reyerta.
ARNAL. Cumples, pues, exactamente:
nada te infunda temor,
porque, hijo, es grande honor
el morir como valiente.
RAMIRO. ¿Temor decis?... ¡voto á tal!
este jamas se nutrió
en el que se apellidó
don Ramiro de Queral.
Pero, bah!... si acaso salgo
en campaña, ya vereis
con que prontitud sabreis
don Arnaldo, cuanto valgo.
Y no es orgullo ¡pardiez!

lo que digo lo ha probado
en estraño suelo aislado
mi brazo mas de una vez. *(Suena un clarin.)*
Mas... no ois?

ARNAL. Eso es llamada.

RAMIRO. Sin duda.

ARNAL. ¿Qué puede ser?

RAMIRO. Tal vez se quiera mover
algun motin ó asonada.
Voy al momento... *(Va á salir y se encuentra con el conde de Pallás.)*

ESCENA XIII.

DICHOS.—EL CONDE DE PALLÁS.

CONDE. Esperad.

ARNAL. Oh! señor conde!... á esta hora
en mi casa?

CONDE. No hay deshora
por quien vela á la ciudad.—
vuestro tercio ya os espera. *(A don Ramiro.)*

RAMIRO. ¡Cómo, conde!... ¿he de salir?

CONDE. Si gustais, hais de partir
al punto para Cervera.
En este pliego vereis.
lo mucho que hacerlo importa;
pero la noche se acorta,
y si salir no quereis
don Ramiro, no replicó...
de hacer tal guardeme Dios...
á sugetos como vos
no les mando, les suplico. *(Suena otra vez el clarin.)*
Ois?... ya suena otra vez
el clarin... ved que es preciso
que al momento pase aviso.

RAMIRO. Señor conde, os sigo pues.

CONDE. Vamonos...

RAMIRO. Pemitidme que

me despida...

ARNAL. Bah! no importa... (*Se dirige á la* parte que el tiempo se acorta: *habitacion de* quedo yo, y por tí lo haré. *Elvira y don Arnaldo se interpone.*)

ESCENA XIV.

DON ARNALDO.

Perfectamente...! eso es!
El de Pallás ha cumplido...
Gracias á Dios ya se ha ido
quien me estorbaba esta vez.
¡Voto á los diablos!.. mejor (*Riendose; y re-*
sale de lo que pensé... *cobrando luego*
dos dias imaginé *su serenidad.*)
tenerle junto á su amor;
y ahora el conde me ha escusado
del trabajo la mitad...
Por tal generosidad
merece ser compensado.
Él me habia prometido
destinarle fuera, sí:
mas por cierto no creí
verlo tan pronto cumplido.—
Ah!... te has dejado engañar
gran miserable!... y, pardiez!
no volverás otra vez
en esta ciudad á entrar.
No!... porque ya tu destino
está escrito: ó bien vivir
lejos de aquí, ó morir
bajo el puñal asesino!
Mas, aquí está...

ESCENA XV.

DON ARNALDO.—EL VIZCONDE.

(*Se mostrarán durante la escena una cierta desconfianza.*)

ARNAL. Bien venido.

VIZCON. Don Arnaldo, bien hallado.
¿Acaso la habeis hablado?
ARNAL. Lo que prometí he cumplido.
VIZCON. Está bien...
ARNAL. Y á esto que dice
el vizconde?
VIZCON. Dice que
os tiene dada su fé,
que es noble y no se desdice.
ARNAL. Pues estamos al corriente.
Ella os ama.
VIZCON. Es cierto?... Ah!
ARNAL. Dadme el tratado.
VIZCON. Aquí está.
ARNAL. A él os atendreis fielmente?
VIZCON. Ya dige que sí!.. y me admira...
ARNAL. No os admireis.
VIZCON. Os lo juro!
ARNAL. Pues mañana, os lo aseguro,
será vuestra doña Elvira.

ESCENA XVI.

DON ARNALDO.—JIMENO.—DOS EMBOZADOS.—REBOLLEDO, *oculto.*

ARNAL. Jimeno!
JIMENO. Señor.
ARNAL. Son ellos?
JIMENO. Los mismos.
ARNAL. Y cumplirán?
JIMENO. Respondo con mi cabeza
de su valor y lealtad
por vuestra causa.
ARNAL. Corriente.
Si en Barcelona osa entrar
segunda vez don Ramiro,
matadle sin caridad.
JIMENO. Señor, si á tanto se atreve,
como lo mandais se hará.

ARNAL. Está bien: mas advertid
que si pocos os juzgais
para espiar debidamente
todos sus pasos, buscad
otros mas, y ved que el oro *(les da una bolsa.)*
poco importa, con tal
que se cumplan mis intentos.

JIMENO. No señor, bastamos ya;
y nosotros tres haremos
lo que veinte, á mal andar.

ARNAL. Pues al avio, y cuidado.

JIMENO. Don Arnaldo descuidad. *(Retiranse por la izquierda.)*

ARNAL. Ahora verá don Ramiro
con quien es, con quien las há.

(Se retira don Arnaldo por la derecha: y sale Rebolledo que habia observado oculto las dos escenas anteriores.)

ESCENA XVII.

REBOLLEDO.

Vive Dios! esas tenemos?
¿Con qué, á Ramiro Queral,
que se vá tan confiado
por el Consejo á lidiar,
le roban á doña Elvira,
y despachan con afan
espía vil, que en su pecho
traidor puñal hundirá
si osa segunda vez
en la capital entrar?
Esto es horrible!... y por Cristo!
que su intento no saldrá.
Voy á seguirle, á librarle
de ese vejete infernal;
y á decirle: «amigo mio!
de ese sueño dispertad:
una nube de traidores
os circunda con afan,
y sois difunto si un dia

mas en el campo os quedais.
Ya no os queda otro remedio
que la causa abandonar
del Consejo, y acogeros
bajo el pendon de don Juan.
De ese Consejo traidor
decid, decid ¿qué esperais?
Vos le alcanzais la victoria,
y él os paga con afan,
robandoos á vuestra Elvira,
mandandoos asesinar.
No, vive Dios! de ese campo
al instante desertar.
El rey don Juan de Aragon,
es rey al fin, y sabrá
recompensar con usura
vuestro valor y lealtad.»
Oh! sí, sí; voy al instante...
no hay tiempo que perder ya.
Y le salvaré!... ó á todos.
nos llevará Satanas.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala ricamente amueblada en el palacio del vizconde Illa. En el fondo dos grandes puertas que dejan ver una espaciosa galeria circular, coronada de tiestos de flores, descubriendose en su parte mas distante el final de una escalera doble que se supone la de entrada. Puertas laterales que dan á las habitaciones interiores; y otra pequeña á la izquierda.

ESCENA I.

DOÑA ELVIRA.—DOÑA MARGARITA.

ELV. Madre mia! venid. Oh! cuanto ansiaba
con vuestro pecho departir mi pena?
Si vieseis cuantos males he sufrido
en esos dias de amargura eterna.
MAR. Y todo por mi causa, hija querida!
¿Por qué el peligro no arrostraste fiera?
ELV. Pero, de vos, de vos qué hubiera sido,
si yo obstinada, la ambicion perversa
de mi cruel padre que nos asesina,
con furia altiva resistido hubiera?
Entonce á vos, idolatrada madre
hubiera sido mi altivez funesta.
MAR. Y qué importaba?... A tu querida madre
dulce la muerte se le apareciera,
porque muriendo, no desconocia
que de tí, Elvira, la ventura eterna
aseguraba.
ELV. No, madre querida:
vivid, vivid que esto solo anhela
vuestra hija infeliz, que el sacrificio
de su pasion abrasadora y tierna
bendice sin cesar, porque con ello

os da la vida y junto á sí os conserva.
El amor de una madre es muy sagrado,
y la que es fiel nunca á olvidarlo llega.

MAR. Pero el tuyo, hija mia! el de Ramiro
que tanto te adora; y lisonjera
conserva en su pecho la esperanza
que tú truncaste con tu union funesta!
¿Qué dirá cuando sepa el desgraciado
que Elvira ha sido infiel á su promesa?

ELV. Dirá que entre la suya y vuestra vida,
debió ser siempre la de vos primera.

MAR. Mucho lo temo!... Pero dime, dime
que es lo que ha pasado...

ELV. Noche horrenda
fué, madre querida, aquella noche
que de mi lado os arrancó la adversa
suerte. La mano de un puñal armada
vibró un momento sobre mi cabeza;
decretando mi muerte, madre mia,
y la vuestra tambien, si incauta y ciega
negaba al vizconde dar la mano
y rechazaba su amorosa oferta.—
Por vos me decidí. Sequé mis lágrimas;
y al altar del sacrificio intrépida
me acerqué. Sí, madre; pero en vano
quise ostentarme ante todos fiera,
porque muy pronto me sentí abatida
al fuerte impulso de mi amarga pena.
Soltó mi pecho un penetrante grito;
y entre los brazos del vizconde, yerta
quedé por largo tiempo; y á su estancia
fuí transportada... Oh! madre mia! fuera
harto difícil, esplicar la lucha
que en mi corazon brotó violenta
al verme sola allí con el vizconde!
De hinojos le pedí que me atendiera...
que me matase, si violar queria
de la triste Elvira la inocencia.
Le dige que tan solo por salvaros,
en esa union para mí funesta

habia consentido... que no amaba
mas que á Ramiro... que él tan solo era
el que reinaba en mí; y el que podia
doblegar tan solo mi entereza.—
Él con calma espantosa me atendia;
pero al concluir mi confesion tremenda,
arañando su rostro macilento,
arrancando á puñados su melena,
cubiertos de lágrimas sus ojos
chispeantes, esclama con voz tremenda:
«Me han engañado, Elvira!... Desgraciado!
Yo que fundaba mi esperanza entera
en vuestro amor, hoy miro esta esperanza
triste vagando, destronchada, yerta!»—
Y ocultose el rostro entre las manos,
débil llorando, la su amarga pena.
Hubo un momento de silencio horrible;
pero al fin, alzando la cabeza
me dijo: «Elvira, mi querida Elvira!
respeto tu virtud y tu inocencia.
Vivirás á mi lado, lejos, lejos
de tu cruel padre, sanguinaria hiena
que el luto ha derramado entre nosotros,
y serás para mí una hermana tierna.
Yo romperé los lazos que nos unen
y á don Ramiro te uniré contenta...

MAR. ¡Qué corazon tan generoso el suyo!
¿Y ha cumplido, hija mia, su promesa?

ELV. Oh! sí, sí, madre; en nada me ha faltado,
y en él hoy cifro mi esperanza entera.

MAR. Pero, y Ramiro, do se encuentra, donde?

ELV. Nadie lo sabe: por vengar su afrenta,
la causa del Consejo ha abandonado.
Quizas á Italia se volvió.

MAR. Quimera!
En un paraje oculto y silencio
trazará el plan de una venganza horrenda.
Oh! cuantos males entreveo ahora!
Cuantos martirios que sufrir te quedan.
Tú no conoces á Ramiro: fiero

arrostrando suerte tan adversa,
en Barcelona penetrará airado
á don Arnaldo demandando cuenta.
Pero... desgraciado! antes que alcance
la última esperanza que le queda,
bajo el puñal traidor de un asesino
finirá el triste su fatal carrera.
Tu padre ha despachado cien espias
que cumplirán feroces su promesa...

ELV. Piedad! piedad! Dios de justicia.
protege al infeliz... Oh! suerte adversa!...
si de sangre sediento está mi padre,
rompa mi pecho y á la mia beba!

MAR. Calla, mi Elvira; vele allí que asoma
con el vizconde... su furor no temas.
Ven á esa estancia, querida hija mia!
entremos, ven, que juntas no nos vea.

ESCENA II.

DON ARNALDO.—EL VIZCONDE.

VIZCON. Estas las noticias son
don Arnaldo, que han traido
los que esta tarde han venido
de los campos de Aragon.
Vencida quedó la flor
del ejército.

ARNAL. A fé mia,
vizconde, de cada dia
vamos de mal en peor.
La traicion va fermentando
por do quiera mas y mas.

VIZCON. Prisionero el de Pallás
quedó.

ARNAL. Ya se vé; y sin mando
nuestro ejército despues
atacó de cualquier modo
y fué destrozado todo.

VIZCON. Pues es mucho que esta vez

escaparse haya sabido
el de Pallás.

ARNAL. ¡Qué decis!

VIZCON. Don Arnaldo, lo que ois.

ARNAL. Estais de ello convencido?

VIZCON. Lo sé de su misma boca.

ARNAL. Otra vez está ya aquí?

VIZCON. Señor don Arnaldo, sí.

ARNAL. Por Dios, no habrá sido poca
la cantidad que habrá dado
para su rescate.

VIZCON. Quiá!
pues lo mejor aquí está:
ni una blanca le ha costado.

ARNAL. Pues en esto, á lo que infiero
habrá misterio.

VIZCON. No sé;
mas no adivinais quien fué
el que le hizo prisionero?

ARNAL. No.

VIZCON. Ese caballero negro,
segun dicen invencible:
lidiador el mas terrible
del bando real.

ARNAL. Pues me alegro.
Así sabremos quien es
el destructor, ¡voto á tal!
de Villafranca y Sarreal.

VIZCON. Renunciad por esta vez.

ARNAL. Pues qué!.. el conde no ha podido
indagar quien era?

VIZCON. No.

ARNAL. ¡Voto á los diablos! pues yo
me hubiera allí confundido
hasta saberlo en la grey.

VIZCON. Os pensais que fácil es
cuando saberlo ¡pardiez!
no ha podido el mismo rey?
La libertad le ofreció
con modo fino y galante;

y hay quien dice que al instante
el conde la rehusó,
porque deber no queria
á un encubierto el favor.

ARNAL. Vizconde eso es un error,
pues de no, preso estaria.

VIZCON. Es que dicen que notando
lo noble que era Pallás.
le dijo: «Conde, quizas
me comprometo mostrando
el rostro que oculto llevo;
pero, sois noble, por Dios,
y confio mucho en vos
cuando á mostrarle me atrevo.
A esa estancia entrad conmigo,
pues no quiero que os priveis
de que la mano estrecheis
á vuestro mejor amigo.»

ARNAL. Mas en conclusion infiero
que nadie sabe cual es
la estirpe y nombre, pardiez,
de ese negro caballero.

VIZCON. Lo que es muy cierto, eso sí,
que mientras lidie su diestra,
don Arnado, en contra nuestra,
nada haremos ¡pesia mí!
Él cual mágico adalid
á dos villas arrasó;
casi solo conquistó
al fuerte de Tamarit.
Su pluma negra pregona
la muerte y la destruccion;
y el mas valiente campeon
no resiste á su tizona.
Y cual un rayo de Dios
sigue matando arrogante,
y siempre, siempre constante
la victoria arrastra en pos.

ARNAL. Que así suceda prefiero,
pues mas aplausos tendreis

si acaso vencer podeis
á tan bravo caballero.

VIZCON. Y de Ramiro Queral (*como desatendiendo lo*
¿qué se piensa? *que dice don Arnaldo.*)

ARNAL. No se sabe
la causa...

VIZCON. Será muy grave
esa causa ¡voto á tal!
que á un noble como Ramiro
á desertarse obligó.

ARNAL. Señor vizconde, pues yo
no pienso así.

VIZCON. Pues me admiro. (*Con ironia.*)
¿No le protegiais vos?

ARNAL. Sí; malhaya mi torpeza!
que para tanta vileza
nunca hay disculpa, por Dios!

VIZCON. ¡Quién sabe!.. tal vez por donde.. (*Con ironia.*)

ARNAL. No disculpeis al traidor
porque tendria valor
para mataros, vizconde.
Pero de tanta torpeza
me vengaré por quien soy...
Yo haré que el Consejo hoy
ponga á pregon su cabeza.
Y al traerla, esta mi mano
con placer la estrujará
y á la plebe la echará!

VIZCON. Eres un cobarde, anciano!

ARNAL. Vizconde!.. aun tengo esfuerzo...

VIZCON. Para mentir ¡vive Dios!
Una fiera como vos
no hay en todo el universo.
Repasad vuestra memoria
y atended á lo que os digo;
porque hais de saber, amigo,
que sé toda vuestra historia.

ARNAL. Vos!

VIZCON. Sí!

ARNAL. Quién os ha contado?...

VIZCON. Por tu hija lo he sabido,
por tu hija, que has vendido
como bestia en un mercado.

ARNAL. Infame!!

VIZCON. ¿Qué osais hablar?
Ella generosa obró
pues decirlo me prohibió;
mas... no he podido callar.
A Ramiro de traidor
sin cesar apellidais,
y observad que os engañais
porque ese, sois vos, señor.
Vos!... que con capa de amigo
con afan le haceis salir,
y aun al acto de partir
le decis: «queda conmigo.
Un mes os aguardará;
y si venir no hais podido
entonces ella saldrá
á juntarse á su marido.»
Y así cumple con su honor
un caballero cual vos?
¡Esto es horrible, por Dios!
Y de esa farsa el autor
sois vos, don Arnaldo, sí,
noble de rancio blason
que os sentais en un sillon
del Consejo!...

ARNAL. Bah! creí
que mucho mas vuestro encono
en mi contra charlaria;
mas... si eso es todo, á fé mia,
señor vizconde, os perdono.
Al principio mi conciencia
con razon se enfureció,
mas mi furor se trocó
muy pronto en indiferencia.
Y esto que vos infamais
con intencion bien notoria,
es por mí una nueva gloria

en la que no reparais.
VIZCON. A ver, decid ¡voto á tal!
ARNAL. De ello no me guardaria
Vizconde, y os lo diria
si no fueseis un neutral.
VIZCON. No soy neutral, pues juré
defender vuestro partido;
y aunque tan burlado he sido
mi palabra no aparté.
Y pues mi gente está fuera
no penseis la haga esperar...
cual noble pretendo obrar
partiendo para Cervera.
Y al hacer tamaña accion,
tanto sacrificio, quiero
diga todo el mundo entero
que hay nobles que nobles son.
ARNAL. Pues entonces...
VIZCON. Basta ya.
Elvira llega... es preciso
que no tenga de esto aviso.

ESCENA III.

DON ARNALDO.—EL VIZCONDE.—DOÑA ELVIRA.

VIZCON. Venid, señora: aquí está
vuestro padre...
ELVIRA. Caballero... *(Tratándole como á un indiferente.)*
no sé porque os molestais
y á esta casa visitais
sabiendo que no os espero.
Cumplí vuestra voluntad
por salvar mi madre, sí:
¿qué mas, pues, quereis de mí?
¿solicitais mi amistad?
Esto jamas lo espereis:
ella muy poco os valiera
y el darosla por mí fuera
un imposible, entendeis?

Vuestro proceder culpable
por siempre nos separó
porque entre los dos alzó
fuerte muro inespugnable.
Y aunque no os guardo rencilla
no olvideis nunca, por Dios,
que no soy mas para vos
que la vizcondesa de Illa. *(Se retira y el vizconde la detiene.)*

ARNAL. Está bien: pues si es así,
os juro, señora mia.
que no ha de tardar el dia
en que os acordeis de mí.
Yo te brindé con la paz
y rencor tu porte encierra:
habrá, pues lo quieres, guerra..
veremos quien podrá mas.
En lo dicho, ¡voto á tal!
me ratifico: á pregon
se pondrá sin dilacion
la cabeza de Queral.

ELVIRA. De Ramiro! *(Cubriéndose el rostro.)*

ARNAL. de Ramiro.

VIZCON. ¿Y por qué vengarse en él?
Sois, don Arnaldo, bien cruel,
y aunque os conozco me admiro.
El frustarle no os bastó
á su risueña esperanza,
que aun le armais atroz venganza
para matarle?... eso no!
No será! por mi blason!
yo estorbaré esa vileza...
para guardar su cabeza
tengo brazo y decision.
Vos, señora, no tembleis;
que aunque soy vuestro marido
y pertenezco á un partido
contrario al que protegeis:
os doy palabra de honor
que salvaré en todo instante
al que ha sido vuestro amante

de las garras de un traidor!
Decidlo á vuestra cuadrilla: *(A don Arnaldo.)*
que de Ramiro en provecho,
muro defensor el pecho
será, del vizconde de Illa.

ARNAL. Pues si no hay otro, á fé mia
fácil será de escalar.

VIZCON. Si lo llegais á intentar
tal vez tendreis un mal dia.

ARNAL. Bah!.. no me causais asombros:
á mis gentes enviaré,
y si no bastan, yo iré
á arrancarla de sus hombros.
Pero no vendrá ese caso
porque vos desistireis
al momento que empeceis
á dar con el primer paso.
Cuando veais que el mundo entero
sacudiendo todo miedo
os señala con el dedo
¿qué le direis, caballero?
A ver que respondereis
cuando en la calle, en la plaza,
en la iglesia y en la caza
por todas partes oireis:
«aquí está la rara cosa
el inocente, el sin par,
que se ha atrevido á amparar
al amante de su esposa.»
Ja! ja! ja!... que hará reir.
Vamos, vamos; yo no creo
que semejante burleo,
Vizconde, podais sufrir.
Ja! ja! ja! ja!...

(Vase don Arnaldo riendo; y deja al vizconde anonadado. Doña Elvira cae abatida en un sillon.

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA.—EL VIZCONDE.

VIZCON. Oh! furor!...
Oh! mundo de maldicion,
que del mas feo borron
cubres al mas limpio honor!—
Mas qué importa su rencor!...
A ese mundo que altanero
me infama, probarle espero
lo mas pronto, pesiamí,
que obré bien obrando así,
que obré como caballero.
ELVIRA. ¡Oh Dios mio!
VIZCON. No temais
por la vida de Queral
porque un servidor leal
fuerza es que en mí conozcais.
No respondeis?... suspirais?
ELVIRA. No os cause vizconde enojos
este llanto que mis ojos
vierten con tanta inquietud...
es llanto de gratitud
que no me causa sonrojos.
Pues si amor no os puedo dar,
por tener mi corazon
esclavo de otra pasion
que es imposible olvidar;
os podré, Vizconde, amar
cual á un hermano querido...
pues sin vos que hubiera sido
de mi vida... ¡justo cielo!
Vos derramasteis consuelo
en mi pecho dolorido.
Vos mi virtud respetasteis,
respetasteis mi amargura;
y mirando á mi ventura
vuestro amor sacrificasteis.
Todo, todo lo olvidasteis
por mí... pero ved, señor,

que aumentais vuestro dolor
obrando de esta manera,..
Oh!... dejad, dejad que muera
llorando á solas mi amor.

VIZCON. Llorad, Elvira, llorad.
pues somos dos que lloramos...
¡Por qué, oh Dios, no nos amamos! *(Como desesperado.)*

ELVIRA. Vizconde! callad, callad!

VIZCON. Oh! cuanta felicidad
el merecer solo un dia
vuestro amor!...

ELVIRA. El alma mia
al concederos, señor.
esos instantes de amor
cuanto placer sentiria!
Pero no... no puede ser...
Oh! su vieseis cual se agita
mi pecho!... como palpita
mi corazon de muger!
Cuando os miro padecer
y no os puedo sonreir...

VIZCON. Dejadme, Elvira, sufrir:
no padezcais por mi daño...
despues de este desengaño
solo me falta morir!

ELVIRA. Qué decis?... morir... Oh cielo!
Qué será de mí sin vos!
Entonces tan solo Dios
podrá prestarme consuelo!
Ya no quedará en el suelo
quien me defienda!

VIZCON. Es verdad.
Bella Elvira, perdonad
si ha sido tal mi torpeza
que olvidara en mi flaqueza
el daros la libertad,
No, no, no debo morir:
necesitais defensores,
y á vencer á los traidores.
es ya preciso partir.

Despues vos podreis venir
cuando os parezca mejor;
y manteniendo en error
al mundo que está engañado
seré, Elvira, á vuestro lado
solo un simple defensor.
Un defensor hasta tanto
que el divorcio haya aprobado
el Santo Padre; y calmado
con esto vuestro quebranto.
Así, Elvira, vuestro llanto
para siempre secaré.
A Ramiro os uniré
de vuestras ansias objeto,
y en insondable secreto
lo demas sepultaré.

ELVIRA. ¿Y por qué no me llevais
con vos?

VIZCON. Oh! si consentia
quien sabe si os perderia.
Somos tan pocos...

ELVIRA. Dudais?

VIZCON. Oh! sí, sí: no os espongais...
Pronto saldrá, mi querida,
una hueste muy crecida:
con ella seguridad
tendreis fuera la ciudad
y estareis bien defendida.
Y si nos fuese tan mal
que os hiciesen prisionera,
no temais la saña fiera
del gefe: no es tan fatal
como le pintan... Igual
no conoce su valor;
mas si en su loco furor
encuentra alguna hermosura,
la defiende su bravura
y la respeta su honor.

ELVIRA. Si es así mucho me alegro;
pero si hay otro?

VIZCON. Imagino
que no hay en todo el camino
mas que el caballero negro,
ELVIRA. ¡Ah!!!
VIZCON. No temais: el reintegro
haria pronto de vos...
ya trataremos los dos...
Mas... nunca me cansaria
de hablaros, Elvira mia!
Confianza...
ELVIRA. Y en quien?
VIZCON. En Dios!

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA.

Partid alma generosa
á morir tal vez por mí...
Desgraciada!
Mientras que quedo yo aquí
gimiendo triste y llorosa,
olvidada
tal vez de aquel que encendió
este amor que en mí brotó,
esta llama!
llama que apagar intento;
pero que en cada momento
mas se inflama!
¿Qué será de mí?... ¡Dios mio!
Flor en el desierto aislada
voy pidiendo
una gota de rocío
para mi vida abrasada
ay! gimiendo!...
¿Y no me escuchais?... ¡Oh, sí!
Ved que no os pido por mí...
ah! Señor!
aqueste llanto tan cruel
lo vierto solo por él,
por mi amor!

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA.—DON RAMIRO, *con visera calada al entrar.* —REBOLLEDO, *que se queda en la galeria.*

RAMIRO. Elvira!
ELVIRA. Cielos!... Ramiro!! *(Abrazo rápido.)*
Es cierto que no deliro?
RAMIRO. No lo dudes.... Oh! sí, sí;
vengo á recobrar en tí
este amor por quien respiro!
ELVIRA. Mas quién aquí te llevó?...
¿sabes tu suerte?... ¡Qué horror!
RAMIRO. Ella no me importa, no...
solo tu amor me quedó
y vengo á buscar tu amor.
ELVIRA. Mas si siguen tus pisadas!...
RAMIRO. ¿Qué me importa su furor,
si bebiendo á tus miradas
nuestras almas enlazadas
respiran tan solo amor?
Cuando á Barcelona entré
cuanto digas no ignoraba;
pero con desden miré
el acero traidor qué
á mi pecho amenazaba;
pues en mi loca alegria,
en mi estúpida embriaguez,
mi bien no desconocia
que á verte solo venia
á verte, y morir despues!
ELVIRA. Por piedad! no hables así...
me estremece tu mirada...
RAMIRO. Pensaste, pues, que mi espada
quieta estaria ¡pesia mí!
viéndote por otro amada?
Elvira, pensaste mal...
Vengo de venganza ansioso;
y no he de ser generoso
con ese que es mi rival...

ese rival venturoso!
Yo á la frente escupiré
de ese cobarde judio
y aceptará el desafio.

ELVIRA. Y qué harás...

RAMIRO. Le mataré,
ó me matará!

ELVIRA. Dios mio!
Calma tu atroz frenesí...
Con este medio estremado
¿qué habrás al fin alcanzado?

RAMIRO. Si vivo, ganarte á tí;
si muero, morir vengado!

ELVIRA. Eres injusto y cruel,
Ramiro, en este momento.
El vizconde no fué infiel...
Quien turbó nuestro contento
fué mi padre, no fué él.
Él al vizconde ocultó
nuestro tan antiguo amor,
y al revelárselo yo
á mi virtud respetó,
respeto nuestro dolor.

RAMIRO. Y yo ingrato le ofendia
injustamente... perdon!

ELVIRA. Él solo te defendia
cuando aquí te envilecia
de mi padre la opinion.
Él salvarte prometió;
y al ver que por tí lloraba
su llanto al mio juntaba...
Oh! si vieseis cual sufrió
cuando su pasion ahogaba!

RAMIRO. Es verdad!... dí ¿todavia
puedo como antes mirarte
y en mis brazos estrecharte?

(Don Ramiro abre los brazos como automáticamente, y doña Elvira se entrega á ellos.)

ELVIRA. Lo mismo que el primer dia
que te miré y supe amarte.

RAMIRO. Oh! cuanta ventura encierra
esta palabra, mi amor!
Ya el infierno no me aterra
porque desde hoy en la tierra
serás mi ángel salvador!
A cubrirnos de caricias
iremos lejos de aquí;
y verás, Elvira, allí
como borran mil delicias
lo que sufriste por mí.
Solo por tu amor, querida,
tanto peligro arrostré...
¿Qué me importaba la vida
si contemplaba perdida
á aquella que tanto amé?
No ignoraba que al entrar
con el cadalso daria;
pero yo no le temia
porque un adios iba á dar
á aquella por quien moria.—
Mas tu acento celestial
disipó ya mi martirio...
Ven muger angelical
á trocar desde hoy tu mal
por amoroso delirio.
Yo tu amor bendeciré...
huyamos lejos de aquí...

ELVIRA. Y el vizconde!...

RAMIRO. Acaba!... y qué!
faltas acaso á tu fé
si mi amor te ampara? dí?

ELVIRA. El es mi esposo!

RAMIRO. Eso no!
no: porque fué un lazo inmundo
el lazo que á él te unió!...
Serás su esposa ante el mundo,
mas ante Dios, soilo yo!
Mírame, pues, sin enojos
mi bien, mi ángel salvador,
Elvira mia, mi amor,

luz celestial de mis ojos,
calma mi triste dolor!
Oh! mírame por piedad
amor mio, mi deidad!...
toca el pecho de tu amado:
oyes cual late angustiado
al mirar tu terquedad?
Ten de mi amor compasion...
enjuga mi amargo lloro...
te quiero con tal pasion!...

ELVIRA. Oh! Ramiro!... yo te adoro!!
arráncame el corazon!
Porque mi pecho se abrasa,
la mente se desvanece;
y este amor que me enloquece,
que al corazon despedaza
cada instante se me acrece!
Huyamos...! te seguiré
por do quier vayas, mi bien!....
yo tu suerte arrostraré
y á tu lado viviré
cual un justo en el Eden!
Soy débil, nada... sí, sí;
y por esto á tí me aferro,
porque un poder que hay en tí
me va arrastrándome á mí
cual hace el iman al hierro.
Oh!... mi fuerza ya perece...
Ramiro mio!.. mi amor!.. *(Cae en los brazos de Ramiro.)*

RAMIRO. Justicia! Dios vengador!
Ahora se desfallece
y es fuerza tanto valor!
Mas... esta joya querida
sacaré sin dilacion
de esa tierra maldecida... *(Llevándola en sus brazos.)*
Señor!... tened compasion!..
poteged nuestra partida!—
Rebolledo!... los caballos!
pronto, pronto que conviene...

REBOLL. Prontos en el patio están;

y el vestido que usar puede
Doña Elvira.

RAMIRO. Vamos pues.
La suerte nos favorece.

ESCENA VII.

(Al encontrarse en la mitad de la galeria, aparece en el fondo EL CONDE DE PALLÁS. *Doña Elvira vuelve de su desmayo.)*

CONDE. Deteneos, insensatos!
RAMIRO. Qué oigo!
ELVIRA. Cielos!
RAMIRO. / REBOLL. ....Quién se atreve!... *(Sacan las espadas.)*
ELVIRA. Dios mio!
RAMIRO. El conde!
CONDE. Calmaos!
ELVIRA. Ramiro!... si el conde quiere
te perderá... oh! perdon!
señor conde!!
CONDE. No os conviene
esta posicion, señora,
ante aquel que no pretende
haceros mal, y que viene,
no á turbar vuestros placeres,
solo sí para prestaros
todo el apoyo que puede
daros, un hombre cual yo
en un lance tal como este.
RAMIRO. Señor conde...
CONDE. Don Ramiro;
aquí vereis fácilmente
que no olvido los favores
que me hacen.
RAMIRO. Bien parece:
pero en que riesgo me encuentro?
CONDE. Si no huis, cerca la muerte.

RAMIRO.
ELVIRA. } ..Qué decis!

CONDE. No lo dudeis.
Pronto vereis á la plebe
que cercará vuestra casa,
pues no falta quien sospeche
que en la ciudad hais entrado.
Don Arnaldo, guerra á muerte
os declara...

RAMIRO. Él?... infame!
venga pues el insolente
á descargar sobre mí
su venganza! No la teme
él que á Sarreal, Villafranca...

CONDE. Silencio!

REBOLL. Qué haceis? os tiene
tan poca cuenta esplicar
el secreto que os envuelve?

RAMIRO. Ah! decis bien... estoy loco
con esa hiena inclemente.
Vos, conde, que conoceis
mi historia; lo que padece
mi corazon, ya podreis
calcular muy fácilmente
si es injusto este furor
que me mata y me enloquece.
Oh! si llega al fin el dia
de la venganza celeste!
aqueste dia será
el de mi gloria y mi muerte.
Mas...no vendrá, que es cobarde!

CONDE. Su proceder es aleve;
pero con todo ha impelido
al Consejo á que pusiese
á pregon vuestra cabeza.
Esto es lo que ahora sucede.—
Yo que en el Consejo estaba
me salí inmediatamente
para informaros de todo
y buscar á quien os lleve

lejos de esa muchedumbre
que clama por vuestra muerte.
Vos partid: mas doña Elvira
es preciso que se quede
porque de no, lograriais
el perderos y perderme.
Mirad: este corredor
tan solo salvaros puede:
á su fin encontrareis
quien fuera del riesgo os lleve. *(Griteria confusa.)*
Ois?... claman ya... salid,
vive el cielo!

RAMIRO. Y he de perderte!!
Elvira, júrame aquí
de hinojos, que si inclementes
atentan á tu virtud,
matarás antes de verte
con tal mancilla, al cobarde
que de tí tal cosa intente,
ó clavarás en tu pecho
si tal conseguir no puedes
este puñal que hoy te entrega
tu amante, que solo quiere
que estés pura y sin mancilla
si otro dia logra el verte.

ELVIRA. Oh! sí; lo juro, lo juro!
conmigo irá eternamente.

RAMIRO. Elvira!

ELVIRA. Ramiro!

RAMIRO. A Dios!

CONDE. Tomad, que serviros puede
un salvo conducto.—Y vos *(A doña Elvira.)*
que os tranquiliceis conviene;
y al chubasco que os amaga
calmad con serena frente.
Ois?... ya suben...

ELVIRA. Dios mio!

(Aparece en la escalera gente armada con hachas encendidas, el conde se adelanta, y poco despues sale don Arnaldo del centro de la chusma.)

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA.—EL CONDE.—DON ARNALDO.—ETC.

CONDE. Vamos á ver... ¿qué se ofrece?
ARNAL. Aquí está el traidor!...
CONDE. Qué veo!
Don Arnaldo ¿qué sucede? *(Doña Elvira va á ampararse al lado del conde.)*
ARNAL. Y vos me lo preguntais?
Un traidor aquí se esconde
y no puedo, señor conde,
creer que vos le amparais.
Mas el hallaros aquí
en hora tan desusada,
da razon mas que sobrada
para que se piense así.
CONDE. No comprendo á lo que vais
con ese altivo descaro:
pero lo que sí reparo
es que mi nombre infamais.
Me calumniais de traidor;
y desacato tan fiero
no permite un caballero
que ciñe espada de honor.
ARNAL. Ea!... acabemos: aquí
Ramiro Queral se esconde...
esto digo, señor conde...
CONDE. Y algo mas hais dicho, sí!
ARNAL. Está bien: como gusteis
interpretadlo...—Vos ahora
vendreis comigo, señora.
CONDE. Esta vez perdonareis. *(Tomando de la mano á doña Elvira.)*
ARNAL. El Consejo lo mandó!
CONDE. Mentis, don Arnaldo!
ARNAL. Conde!
CONDE. Es la esposa del vizconde,
y á esa la amparo yo!
ARNAL. Perdereis, pues, la jugada.
CONDE. Con todo, lo probaré.
ARNAL. Lo decis vos?...

CONDE. Sí á fé;
y lo sostiene mi espada.
Atras canalla!., despejo *(A la chusma que embaraza el paso y lo abre respetuosa.)*
haced pronto que es razon.

ARNAL. Conde! de tamaña accion
respondereis al Consejo.

CONDE. Me será poco costoso:
mas... ¿sabeis cuando lo haré?
Cuando ella segura esté
mañana junto á su esposo.
Registrad cuanto querais
canalla ruin seducida; *(Al pasar por medio de ella.)*
pues pronto vereis fallida
la ilusion que alimentais. *(Vanse.)*

ARNAL. Lo veremos, vive Dios!...
Tengo aun mucha esperanza
de cumplir mi atroz venganza!...
Sí: venganza de los dos!
Circuida la casa está...
registrad sin dilacion
hasta el último rincon... *(Lo hacen.)*
Veremos quien vencerá!
Quisiste guerra, pues guerra!
y por Dios que he de encontrarte
aunque vayas á ocultarte
en el centro de la tierra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala con puertas laterales en el castillo de Tamarit. En el fondo cuatro ó cinco ventanas grandes, sin puertas, con rejas de hierro, que se supone dan al patio del castillo, dejando ver los muros y torreones del lado opuesto de la fortaleza. Al lado derecho otra ventana que dá al mar. La parte anterior del escenario está alumbrada por una sola lámpara: la posterior por la claridad de la luna.

ESCENA I.

DOÑA ELVIRA, *sentada junto á la ventana de la derecha.*

Cuan lentos cruzando me pasan los dias
que amargan, oh cielos, mi triste vivir;
llevando á mi mente memorias impias
de un bien que por siempre miré sucumbir!
Pasion halagüeña, risueños amores
en tiempos felices mi mente soñó;
mas hay! que tan solo venganza y horrores
finido este sueño mi vista encontró.
En vano mirando ese lago de plata
do riela la luna su blanco fulgor,
do el astro del cielo su disco retrata
pretendo, Dios mio, calmar mi dolor.
En vano llorando mi suerte importuna
espero al que amante la vida me dá:
no viene; y el llanto que alumbra la luna
en negra clausura perdiendose vá.
Prision horrorosa!... tal vez en tu seno
sepulto algun dia se quede mi honor!...
mas no, cielo santo!... puñal ó veneno
me libre primero de un vil forzador!

Que venga ese tigre de sangre sediento...
frustrado su anhelo, frustrado será:
si un paso se acerca, con mágico aliento
hundir en su pecho este acero verá.
Señor, que del cielo, tu soplo potente
sostiene al que implora tu inmenso poder,
escucha mi ruego, mi voto ferviente,
consuela piadoso mi atroz padecer!

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA.—GERTRUDIS.

GERTRU. Siempre llorando, hija mia.
ELVIRA. Siempre llorando, ay de mí!
Gertrudis, des que nací
tuve suerte tan impia!
No le bastó á mi destino
tanto y tanto padecer,
que me entrega hoy al poder
de ese cobarde asesino.
Quien sabe si mi virtud
atropellada será
cuando ese monstruo vendrá.
GERTRU. Calma tu atroz inquietud.
Tal sospecha es infundada;
aunque prisionera así,
acaso no has sido, dí,
entre todos respetada?
Tus mas mínimos antojos
cumplen con humillacion,
como si en esta prision
solo mandasen tus ojos.
Y hasta el que manda altanero
se acercó jamas aquí,
sin que obtuviese por mí
vuestro permiso primero?
Pues si así de varios modos
todos cumplen, claro está
que lo mismo el gefe hará

siendo el ejemplo de todos.
No pierdas pues á tu heroismo...

ELVIRA. Ay! en vano es el luchar
con lo que llega á ordenar
el dedo del fatalismo.
De un padre sacrificada
á la feroz ambicion,
gimió esclavo el corazon
al ver su ilusion burlada.
Y aunque el vizconde juró
romper este enlace... ah!
arrepentido quizá
su promesa retiró.
Todo lo prueba bastante:
ni una memoria siquiera
desde que estoy prisionera
he tenido de mi amante.
ni del vizconde tampoco;
y con todo protector
quiso ser de nuestro amor...
cuan poco hay que fiar! cuan poco!
El juramento falaz
que hace el hombre, es sombra vana
que de noche á la mañana
lleva el viento, y nada mas!
Sí: no hay duda, me olvidó...

GERTRU. Dale, dale, pesiamí!
siempre con esto.

ELVIRA. Sí, sí:
es cierto, Gertrudis?

GERTRU. No.
Digo que no, y hay bastante.
El vizconde aquí vendrá
para salvarte, y quizá
á devolverte á tu amante.

ELVIRA. No vendrá; que le escribí
tres cartas ya, con cuidado
refiriéndole mi estado...
y ya lo ves ¡ay de mí!
contestacion no he tenido.

Esto que indica?

GERTRU. Bah! bah!
que el mismo aquí la dará
personalmente. Al olvido
sospechas que te entregó
con tan horrible destino?...
juraria que en camino
se encuentra á estas horas.

ELVIRA. Oh!

GERTRU. Y ese caballero negro...

ELVIRA. Ah!... por Dios, no me hables de él...
es su memoria harto cruel!

GERTRU. Por vida de!... el reintegro
sin él no se puede hacer.

ELVIRA. Los furores que de él cuentan
mas las dudas acrecientan
de mi horrible padecer.
Dicen que es un Belcebú
que ha tomado forma humana...
todo su furor lo allana...

GERTRU. Pues no pienso como tú.
Que es muy valiente y audaz,
y tirano, sí, me avengo:
en lo demas no convengo...
es un hombre, y nada mas.

ELVIRA. No puede un hombre, sin duda,
tantos portentos hacer,
á no ser que Lucifer
vaya á prestarle su ayuda.

GERTRU. Dejad estar al demonio
en el infierno, hija mia... *(Suena un clarin: rumores y vivas.)*
Mas cielos!...

ELVIRA. Que griteria... *(Se dirigen hácia el fondo.)*

GERTRU. Jesus, Jesus, ¡San Antonio!
que resplandor...

Dentro. Viva!

Idem. Viva.

ELVIRA. Qué será, Gertrudis?

GERTRU. Calma...

Dentro. Viva el caballero negro!

Dentro. Viva!
GERTRU. Oyes? su llegada.
ELVIRA. Su llegada... cielos... ah!
se estremece toda el alma
cuando ese nombre funesto
llega á mi oido!
GERTRU. Y qué! vaya!...
ELVIRA. Oh! no te apartes de mí;
veamos que es lo que manda.
GERTRU. Vamos, no me apartaré:
Elvira, tu inquietud calma,
que el verte tan abatida
por cierto que ya me enfada.
ELVIRA. Mas!.. oyes?... vienen aquí...
será sin duda el fantasma!

(Se abre la puerta lateral izquierda, y aparece Rebolledo, acompañado de un guerrero con un hachon encendido: lleva la visera calada.)

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA.—GERTRUDIS.—REBOLLEDO.—EL GUERRERO.

REBOLL. Señora: cuando os trageron
Prisionera á aquesta plaza,
en do el caballero negro
su fuerte pendon levanta;
para tratar del rescate
deseabais hablarle. Estaba
entonces en Tarragona,
y á solicitar su gracia
al instante partí. Pero
de salir de allí acababa
con direccion á Mallorca.
El mar cruzé con audacia,
y en Mallorca le encontré.
En vista de mi embajada
se puso al momento en vela
y ora de llegar acaba.
Si verle quereis, señora,

otorgadle vuestra gracia,
pues, para entrar, respetuoso
vuestro permiso demanda.

ELVIRA. Pase al momento: él aquí
es el señor; yo la esclava. *(Vase Rebolledo, y el guerrero.)*

GERTRU. Lo ves: se porta mejor
un amante ante su dama?
Bien te lo decia yo...
si no me equivoco... vaya...
Mas... ya está aquí.

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA.—GERTRUDIS.—DON RAMIRO, *con visera calada.*

RAMIRO. Vos, salid. *(A Gertrudis.)*

GERTRU. Es que... señor...

RAMIRO. Si me enfada!...

GERTRU. He de quedar...

RAMIRO. Fuera pronto
vaya la bruja gitana. *(La da un empujon y la hecha fuera, cerrando la puerta.)*

GERTRU. Bien decia mi señora:
es un demonio, un fantasma!

ESCENA V.

DON RAMIRO.—DOÑA ELVIRA.

ELVIRA. Ah!!.. qué haceis?

RAMIRO. Nada: cerrar.

ELVIRA. Y por qué?

RAMIRO. Por qué?.. por nada:
porque la puerta cerrada
á nadie deje pasar.

ELVIRA. Esto bien ya lo temí...
nada de bueno esperaba
de vos; y acertaba
cuandó de vos pensé así.
De crímenes y de horror

á Cataluña cubris;
y sin duda ora venis
á estrellar vuestro furor
en mi frente: bien está...
probadlo, pues, caballero;
que por de pronto este acero
de quien soy responderá. *(Saca el puñal que la dió Ramiro.)*
Le mirais?... miradle, sí:
es legado de un proscrito,
y en vuestro pecho maldito
lo vereis hundir, si á mí
os acercais... No hay pavor...
mi virtud está en mi abono
y vereis que con encono
sé defender á mi honor.
Mi vida es vuestra, lo sé:
daré el cuello á la cuchilla
si os place; mas sin mancilla
á la tumba bajaré.
No lo olvideis, pues, jamas.
Respetad de una muger
el horrible padecer... *(D. Ramiro se adelanta.)*
Señor caballero, atras! *(Blandiendo la daga.)*

Ramiro. Bien os sienta ese furor...
audaz sois, por vida mia;
pero tanta altaneria
reprimid... os tengo amor.

Elvira. Amor, decis!!

Ramiro. Sí; pasion
voraz, sublime y ardiente,
cuya inagotable fuente
está aquí en mi corazon.
Vos, señora, que hais amado
con pasion sublime y pura
podeis pensar mi amargura
cual será.

Elvira. Oh! desgraciado!
Huid de mí, me dais horror!
Si es cierto que amor me habeis
os mando que os retireis.

RAMIRO. ¿Y quién es aquí el señor?
¿Soy yo, decid, ó sois vos?
¿Con qué derecho mandais
y á salirme me obligais?

ELVIRA. Con mi virtud, que es de Dios.
Mas... puesto que en el combate
me hicisteis esclava, hablad;
dejo á vuestra voluntad
el precio de mi rescate.
Pedid oro: rica soy...
cuanto en mi poder esté,
todo, todo os lo daré
si libertad me dais hoy.

RAMIRO. Prenda de tanta valia
no se rescata con oro...
Os dige ya que os adoro
y basta por vida mia.

ELVIRA. Sí: ya basta; sí, pardiez!
Veo bien lo que intentais;
mas si un paso os acercais
muerto sereis á mis piés.
Atras!!

RAMIRO. Herid, insensata!
que yo moriré contento
si presenciais mi tormento
y sois vos la que me mata. *(Se alza la visera,*
Herid y temblad!! *y deja caer la capa.)*

ELVIRA. Ramiro!! *(Arrojándo á sus*
mi bien, mi ángel protector *brazos.)*
sálvame por nuestro amor!!...
Pero no... no: yo deliro! *(Desprendiéndose*
Tú no eres Ramiro; tu *rápidamente.)*
eres solo sombra vana...
eres solo un Belcebú
que has tomado forma humana!

RAMIRO. Desgraciada!... sí, yo soy
que sabiendo tus pesares
ansioso crucé los mares...
Y éteme aquí, aquí estoy
para calmar tu amargura.

Oh! si vieses cual sufrí
cuando alejado de tí
daba rienda y mi tristura!—
Aquella noche fatal
nunca la podré olvidar...
Mas, te vuelvo á recobrar
y va calmando mi mal.

ELVIRA. Pero tú, ¡Dios poderoso!
¿Eres tú el que espejo un dia
era de honor é hidalguia?
Y ahora crímen horroroso
mancha tu frente!... Esa pluma
negra, me lo dice bien.

RAMIRO. Tu labio, infeliz, deten!

ELVIRA. Oh! sí: la maldad te abruma!
A tí Cataluña entera
te maldice sin cesar,
porque has venido á turbar
su ventura placentera.
Do quier vuelvas la cabeza
encontrarás, infeliz,
ejemplos de tu desliz,
víctimas de tu fiereza!

RAMIRO. Sí, sí: mi Elvira, es verdad.
Yo de venganza sediento
al ver que con vil intento
me robaban tu beldad:
con infernal decision
enristré mi fuerte lanza,
y en pos de fatal venganza
corrió ciego el corazon.
Maté, atropellé, deshice
cuanto me vino á las manos,
y con sangre de tiranos
á mi rabia satisfice.
Yo puse fuego á Sarreal,
á Villafranca arrasé,
y á sus gentes degollé
con un placer infernal.
Y si un rasgo de templanza

en mi pecho renacia,
ay! pronto lo confundia
el eco de la venganza.
Pues bien: la miré tronar
y corrí tras de ella ciego,
lanzando rayos de fuego
al que osaba murmurar.
Y en mar de sangre humeante
á la tierra transformé,
y en medio ese mar fijé
á mi bandera triunfante!

ELVIRA. Oh! eso es cruel... ¡inhumanos!..
¿Piensas que podré querrer
al que se place en verter
la sangre de sus hermanos?
Ah!... nunca!... me das horror!..
Hoy mismo parto de aquí
á donde pueda, ¡ay de mí!
llorar á solas mi amor.
Maldito mil veces sea
aquel dia desgraciado
que te ví amante á mi lado!...
Llévame á do no te vea.
Tal vez podrá el tiempo, sí,
borrar este amor funesto.
esta pasion que detesto
porque es indigna de mí.

RAMIRO. Nadie os hará oposicion...
franca la puerta teneis;
mas al partir, no olvideis
que os llevais mi corazon.
Escolta dispuesta está
para vos en cualquier hora
que á donde querais, señora,
diligente os llevará.
Mas de cuanto me inculparon
nada me hace estremecer...
no hice mas que recoger
el guante que me arrojaron.
Pues bien: yo le recogí

porque hacerles ver queria
el grande trecho que habia
de esa chusma vil á mí.
Me robaron vuestro amor;
pregonaron mi cabeza
con espantosa fiereza...!
Luego bien: si á mi furor
con saña vil encendieron
¿De que se quejan?... á ver?...
no hice mas que devolver
el ultraje que me hicieron.
Hable la maledicencia!
Mas... de esa sangre rastrera,
ni hasta una gota siquiera
pesa sobre mi conciencia.—
Ah!... tú no sabes cual yo
cuan horrible es mi vivir!...
el tenerse que cubrir
con esta máscara!... oh!
mi llanto la ha enrojecido.
Mírala: bajo de ella
sepulté la edad mas bella
de mi vivir maldecido!

ELVIRA. Y por qué ocultarte así?

RAMIRO. Por qué?... acaso has olvidado
que á muerte me ha condenado
el Consejo?... Que si aquí
mi nombre público fuera,
hasta mis propios soldados
para ganar cien ducados
me darian muerte fiera?
Cien ducados!... Sí; este es
el precio de mi cabeza;
el premio que esa nobleza
dá á mis servicios, pardiez!—
Por esto, Elvira, oculté
mi rostro tan diligente;
y nadie ha visto esta frente
mas que el rey.

ELVIRA. El rey?

RAMIRO. Sí á fé.
Él su gracia me otorgó,
me dió su palabra real
que este secreto fatal
lo guardaria cual yo.
Y por esto el reino entero
que tanto ha hablado de mí,
solo me conoce aquí
por el negro caballero.—
Mira, pues, si con razon
derramé su sangre impia...
ahora parte: acaso un dia *(Abriendo la puerta,*
mereceré tu perdon. *desesperado.)*

ELVIRA. Partir!!... no: pues ya comprendo
muy á fondo tu amargura;
mas yo aquí con mi ternura
la borraré.

RAMIRO. Oh!... te entiendo
mi ángel consolador!...
Quédate, pues en la tierra
otro bien ya no se encierra
para mí mas que tu amor!
Quédate, ángel divino
á disipar mi quebranto...
tú ablandarás con tu llanto
el rigor de mi destino!—

ELVIRA. Sí Ramiro; yo estaré
á tu lado siempre amante,
y con cariño constante
tu dolor disiparé.
Perdona mi horrible duda...
yo injusta contigo fuí...
que eres un mónstruo creí;
mas, mi pecho ahora te escuda! *(Arrojandose*
Si en mi delirio profundo *á sus brazos.)*
te lancé mi maldicion,
ahora solo el corazon
puede maldecir al mundo!
Mas... oyes? *(Rumores: ruido de armas.)*

RAMIRO. Qué es esto? *(Golpes en la puerta lateral.)*

ELVIRA. Ah!!
REBOLL. *(Dentro.)* Abrid... abrid!
RAMIRO. Voto á brios!
quien se atreve!... *(Cálase la visera y abre la puerta.)*
REBOLL. *(Dentro.)* Abrid, por Dios.
RAMIRO. Rebolledo!... Guimerá!! *(Pasmado, miarándolos.)*

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA.—DON RAMIRO.—REBOLLEDO.—GUIMERA.

RAMIRO. Qué sucede?
REBOLL. Venid pronto.
Voces. *(Dentro.)* Traicion!
Idem. Traicion!
Idem. Al arma!
REBOLL. Escuchais?... nos han tendido
infame y vil asechanza.
Son esos perros bandidos
que á las murallas asaltan.
Sin duda faltando vos
han urdido feroz trama.
RAMIRO. Mas vuelvo estar, vive Cristo! *(Furioso.)*
en el castillo, y ya basta.
Rebolledo! á la pelea!!
Al golpe de nuestras lanzas
caigan esos grajos viles
que nuestros muros asaltan.
Y si el dedo del destino
nos señala suerte infausta,
en el campo del honor
encontremos tumba honrada!
Señora, quedad...
ELVIRA. No, no,
Ramiro mio!!..
RAMIRO. Ya basta,
imprudente!... esa espresion
á la muerte me llevara
si la hubieses pronunciado
en otra parte.—Su guarda

sereis vos, buen Guimerá.
En esa contigua estancia
con algunos hombres fieles,
defended esas entradas.
Ahora, ó muerte ó victoria! *(Mirando por las*
Rebolledo, á la venganza!! *ventanas.)*

ELVIRA. Ah! no partas, mi Ramiro! *(Asiéndose de él.)*
allí la muerte te aguarda!
ó dejame, por el cielo,
que á morir junto á tí vaya!!

(Don Ramiro la rechaza: sale con Rebolledo y Guimerá, y cierra tras sí la puerta.)

Déjame... Ah! compasion!!
no cerreis!.. Dios de venganza!! *(Cae arrodillada junto á la puerta.)*

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA.

Ramiro!... por qué partes?... inhumano!
Así me dejas, cruel, sorda á mi ruego?
¿Por qué, ¡Dios mio! con delirio insano
le amó mi pecho con amor de fuego?
Sí: fuego abrasador, inestinguible
que en la sangre circula de mis venas!...
Y esas puertas!.. esas puertas! oh! imposible!. *(Golpeándolas.)*
Y él, allí, suerte infausta en las almenas
desafiando la muerte... ¡Dios eterno! *(Gritos tristes, moribundos.)*
esa voz que preludia la agonia
es la voz funeraria del infierno!...
esa sangre ¡infeliz!... esa es la mia!
No le hirais!.. por piedad!.. él es mi amante!..
esa luz, esos gritos me fascinan!...
Apartad... suspendedlos un instante...
sus ecos infernales me asesinan!!
Piedad, piedad de mí!.. que al menos muera
junto á él, que es mi vida, mi consuelo!..
A su lado la muerte grata fuera...
Compasion!.. protegedle, Dios del cielo!!—

Ya vuelven!... esa sangre que á torrente
enrojece á las góticas almenas,
cual ráfaga veloz de lava ardiente
me quema el corazon, seca mis venas!—
Infeliz!.. yo estoy loca... allí la tumba
van abriendo al mortal que el alma adora;
y el eco infernal que aquí retumba
repite de continuo, llora!.. llora!!
No puedo... por piedad! .. mis ojos secos

(Empiezan á incendiarse los torreanes del cartillo; y durante toda la escena se habrán visto los muros coronados de guerreros, lidiando con los asaltadores.)

quedan, Señor!.. miradlos, os lo ruego!..
fuego vierten; sus fúlgidos reflejos
allí están, contempladlos!!.. *(Reparando con el ful-*
Voces. *(Dentro.)* Fuego! *gor de los torreo-*
Idem. Fuego!! *nes.)*
Elv. Lo veis?.. allí la turba furibunda
fuego dice... que abrasa las almenas!!
Ese fuego voraz, que el pecho inunda
me quema el corazon, seca mis venas!!! *(Cae desfallecida.)*

ESCENA VIII.

Abrese la puerta; entra GERTRUDIS, *y vuelve á cerrarse.*

Gertru. Elvira... Elvira... ¡Dios mio!
desmayada!. . un pomo aquí
ha de haber... sí; aquí está:
si lo respira, infeliz!
tal vez vuelva... Elvira!
Elvira. Ay!
Dónde estoy!... ah!
Gertru. Junto á mí.
No temais... á vuestro lado
si importa sabré morir.
Por todos cuatro costados
arde el castillo...
Elvira. Infeliz!!

Y Ramiro, dí!...

GERTRU. Peleando
estará, sin duda, allí,
rechazando al enemigo.

ELVIRA. Ah!.. corramos... he de ir
á salvarle, ó junto á él
moriré!

GERTRU. Pero advertid...
es inútil...

ELVIRA. Oh! cerrada!... *(Cae en los brazos*
Maldicion!.. Dios!.. infeliz!! *de Gertrudis.)*

(El fuego, el combate y los gritos de los combatientes van en aumento.)

Voces dentro. Victoria por Cataluña.

ELVIRA. Oyes?.. oyes?.. ¡ay de mí!

RAMIRO. *(Dentro.)* Cobardes! no huyais; primero
en la demanda morir.

Voces. *(Dentro.)* A ellos!

RAMIRO. *(Idem.)* Traidores!

Voces. *(Idem.)* Mirad!

Voces. *(Idem.)* El bastardo!

Voces. *(Idem.)* Vedle allí!

Voces. *(Idem.)* Es el caballero negro!

ELVIRA. Le han descubierto!.. infeliz!! *(Cae de rodillas)*
le matarán!!!

REBOLL. *(En la puerta lateral.)* Paso pronto!

ELVIRA. Ven; no te apartes de mí...
Protegedle, cielo santo!...
Oyes?.. se acercan aquí... *(Se levanta y saca el*
Oh!.. lo habrán muerto!—Villanos! *puñal.)*
Venid á verme morir! *(Va á herirse: Gertrudis*

GERTRU. Qué haceis?.. por Dios, deteneos! *la detiene.)*
tal vez se salve...

ELVIRA. Infeliz!
De que me sirve la vida?...
sin él no quiero vivir!

(Cae derribada dentro del teatro la puerta lateral izquierda, y penetran por ella don Ramiro, cubierto de heridas, sin casco y con la espada en la mano; y tras de él varios otros caballeros. Algunos momentos despues Rebolledo.)

ESCENA IX.

DOÑA ELVIRA.—DON RAMIRO.—GERTRUDIS.—CABALLEROS.—REBOLLEDO, *despues.*

ELVIRA. Ah!! Ramiro!... qué placer! *(Se echa en sus brazos y retrocede espantada.)*
Pero, ¿qué he llegado á ver?
Sangre!.. sangre!!

RAMIRO. Todo ahora
á vuestro padre, señora,
lo podreis agradecer.

ELVIRA. Mi padre!

RAMIRO. Sí.

ELVIRA. Maldicion!!

RAMIRO. Él, con cobarde intencion
á los muros incendió,
y... ya lo veis, nos venció.

ELVIRA. Ramiro... perdon!.. perdon!! *(Cae arrodillada á sus pies.)*
Yo fuí la causa... qué horror!!

REBOLL. Pero que haceis?.. aun así?
Venid, pronto: por aquí... *(Abriendo la puerta lateral de la derecha.)*
Salvaos, por Dios, señor
de las garras del traidor.
Huid!.. que vuestros soldados
para ganar cien ducados
vuestra sangre verterán.

RAMIRO. Pero no me faltarán *(Furioso.)*
algunos fieles y osados,
para detener veloces
á esa cuadrilla sin ley,
que con azadones y hoces
luchan y gritan feroces
por la muerte de su rey.

REBOLL. Os engañais.

RAMIRO. Oh! furor

REBOLL. Nadie queda ya, señor.

RAMIRO. Y tú lo dices, cobarde?
Y ante mí haces alarde!..

ELVIRA. Te lo pido por tu amor! *(Estrecha sus rodillas,)*

REBOLL. Partid, que se acercan ya. (*Le empuja poco á poco.*)
Dos caballos os aguardan:
aquí se halla Guimerá
con los que esa puerta guardan
que el paso les cortará...

(*Al encontrarse don Ramiro y doña Elvira junto á la puerta, aparece el vizconde de Illa, seguido de muchos caballeros y gentes de armas que no penetran en la escena hasta el final del acto. Al ver al vizconde, retrocede don Ramiro algunos pasos.*)

ESCENA X.

DICHOS.—EL VIZCONDE DE ILLA.

VIZCON. No importa ya, señores.
ELVIRA. RAMIRO. REBOLL. ....El vizconde!!
VIZCON. Sí: el vizconde, que vuela á vuestro lado
sin que sepa por donde,
para romper el nudo enmarañado
de la traidora y bárbara violencia
que hace gemir esclava la inocencia.
RAMIRO. Y qué!.. ¿pensais acaso, caballero,
que vuestra oferta acepte, cual cobarde,
sabiendo el muro inestinguible, eterno,
que entrambos se levanta?.. En vano alarde
hareis de vuestro porte generoso
para hacerme aceptar vuestras ofertas
que ¡vive Cristo! sirven solamente
para llevar á mi abatida mente,
tristes recuerdos de esperanzas muertas!
No ¡vive Dios! no quiero deber nada
Al déspota ominoso,
ladron de amor, que se titula esposo
de aquella que ante el mundo fué mi amada.
Vuestra proteccion, que es, por mi vida,
insultante, feroz, y deshonrosa
guardadla para cuando yo os la pida;

y de esta posicion harto azarosa
darme, sabrá mi espada, buena cuenta
sin que lidie á su lado
la vuestra, caballero, que la afrenta!

VIZCON. Vive Dios!..

(Pone la mano al puño de la espada; pero Elvira cae á sus pies y le detiene.)

RAMIRO. Oh! muy bien: así os queria.

ELVIRA. Vizconde!.. por piedad!

VIZCON. Alzad, señora.

RAMIRO. Juramento que pronuncié en mal hora
de no atentar jamas á vuestra vida,
mi brazo, señor de Illa, detenia;
pero vos le rompisteis, y cumplida
la venganza me dais que tanto anhelo...
Defendeos, pues, vizconde;
y dé su favor á quien quiera el cielo.

VIZCON. No!

RAMIRO. ¿Que no, decis?

VIZCON. No! En vano intenta
la vuestra lengua con tenaz porfina,
manchar mi nombre con tamaña afrenta
porque es radiante cual la luz del dia.
Dejad que calme la tormenta airada
que ruge ahora sobre nuestra frente;
y si insistis despues, pronta mi espada
cruzará con la vuestra diligente.
¿Quereis acaso que por un capricho
os mate ó me mateis?.. corriente, sea;
pero dejadlo al menos, ya os lo he dicho...

RAMIRO. Para cuando?

VIZCON. Despues de la pelea.

RAMIRO. Y creisteis acaso que me espanta
esa chusma sin ley, feroz, rastrera?
El mundo todo sobre mí cayera
y le esperara con serena planta
sin doblegar la frente ni siquiera!
No: de aquí no saldreis, viven los cielos,
antes que encuentre mi rencor venganza!..

VIZCON. Pues bien: tomad, leed; que aun no he perdido

de convenceros toda la esperanza (*Le dá un pliego*
RAMIRO. Ah! qué miro?—Vizconde generoso! (*Abrazán-*
VIZCON. Y vos, libre desde hoy quedais, señora: *dole.)*
no soy ya vuestro esposo...
ese pliego anula el casamiento,
y podeis desde ahora
uniros á Ramiro que os adora.
ELVIRA. Como podré, vizconde, compensaros...
VIZCON. Oh! no debeis agradecerme nada:
no hago mas que cumpliros la palabra
que un tiempo os ofrecí: quedais pagada.

ESCENA XI.

DICHOS.—*Guimerá, que penetra en la escena con varios guerreros defendiendose de don Arnaldo y los suyos. Rebolledo y los caballeros que habian seguido á don Ramiro se juntan á él defendiendo la entrada hasta que tienen que ceder á la mayoria. Don Ramiro, el vizconde y doña Elvira, se retiran por la derecha y cierran la puerta tras sí. Penetra don Arnaldo en la escena, y tras él los guerreros que llenan el teatro.*

REBOLL. Guimerá!.. somos perdidos...
VIZCON. (*A Ramiro y Elvira.*) Venid, que no faltará
quien el paso detendrá
á esa turba de bandidos.
Entrad, entrad; no temais.
Ya vereis lo que le espera
á don Arnaldo, á esa fiera. (*Entran.*)
(*Momento de lucha.*)
ARNAL. Basta ya! no prosigais,
que es inútil vuestra lucha;
y si salvaros quereis
pronto revelar debeis
á do está el bastardo.
REBOLL. Oh! es mucha
tu audacia, ilustre traidor.
Sacia en mí tu fiereza
porque te escapó la presa

á merced mia.
ARNAL. Oh! furor!
se escaparon, pesiamí! *(Volviendose á algunos*
seguidlos pronto, cercadlos, *de los suyos.)*
y sin compasion matadlos.
Matadlos á los dos, sí.
Y tú, cobarde gusano, *(A Rebolledo.)*
siempre feroz y rastrera
que en el fin de mi carrera
has detenido mi mano,
pronto verás mi furor
lo que puede.—Con presteza.
que le corten la cabeza
para enviarla á su señor.
Y así se convencerá
ese astuto gavilan.
que del pueblo catalan
nada mas alcanzará,
que guerras y rebelion,
y un grito que sin cesar
irá clamando á la par
¡abajo el rey de Aragon!

(Toda la escena repite el grito de «muera el rey de Aragon; y entre el ruido de los clarines, repetirán lo mismo los del patio del castillo.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—DON RAMIRO, *y poco despues* DOÑA ELVIRA.

—EL VIZCONDE, *y sus* GUERREROS.

RAMIRO. Y otros rompiendo la valla,
con mas noble y leal afan
mueran los viles! dirán.
ARNAL. Al bastardo!...
RAMIRO. Atras, canalla.

ARNAL. Rendirlos.

(Sale el vizconde, doña Elvira, y muchos caballeros y gentes de armas. Al ver al vizconde, todos los del bando de don Arnaldo bajan las espadas.)

VIZCON. Qué han de rendír!

ARNAL. Cómo!

Todos. El vizconde!!

ARNAL. Traidor!

VIZCON. Por Cristo, vuestro furor,
don Arnaldo me hace reir.
¿Os estraña que esté aquí?
pues qué!... ¿olvidais, voto á brios!
lo que pasó entre los dos?
lo que un tiempo prometí?

ARNAL. Qué pasó? *(Con furia reconcentrada.)*

VIZCON. Teneis á fé.
la memoria muy escasa:
¿no os acordais que en mi casa
salvar á los dos juré?
Pues bien: aquí los teneis
por mi valor escudados.

ARNAL. Salvados, decis?

VIZCON. Salvados.
Pues qué! ¿acaso os atreveis?...

ARNAL. Si me atrevo?.. ódio y rencor
juré implacable á los dos,
y su presencia, por Dios,
mas irrita mi furor.

RAMIRO. Anciano vil y cobarde!
si quien eres no mirara
á la garganta te atara
la voz de que haces alarde.
Y osas presentarte hoy dia,
y alzar sin rubor la frente
ante un noble que vilmente
engañó tu cobardia?
No la alces; que la traicion
imprimió con sangre en ella
una indestructible huella,
un signo de maldicion!

ARNAL. Pues pronto no existirá
esa mancha baja y vil,
porque tu sangre, servil
bastardo, la borrará.
RAMIRO. Tened: no movais la espada,
Que es grande mengua lidiar
con vos, y fuera empañar
la mia nunca manchada.
ARNAL. Y si vienen á asestarle
á vuestro pecho, que haceis
con el que osa?...
(*Don Arnaldo embiste á don Ramiro; y este, al primer golpe le hace saltar la espada de la mano.*)
RAMIRO. Ahi lo teneis:
no hago mas que desarmarle;
é impido así que su brazo
se convierta en asesino.
VIZCON. Don Arnaldo, es su destino.
ARNAL. Oh! de cólera me abraso!
VIZCON. Quereis transigir?
ARNAL. Jamas!
VIZCON. Pues bien, Queralt, partireis.
Guia segura tendreis; (*Señalando á los suyos.*)
yo quedo con los demas.
Os será poco costoso
á Tarragona llegar...
Dignaos acompañar
doña Elvira, á vuestro esposo.
ARNAL. Su esposo, decis?
VIZCON. Mirad. (*Le entrega el pliego.*)
ARNAL. Ah!.. maldicion!
VIZCON. Ya lo veis...
nada que decir teneis...
lo aprueba Su Santidad.—
Don Arnaldo! me porté,
como cumple á un caballero.
Lo que hicisteis vos primero,
yo despues lo destronché,
Para cumplir tal intento,
olvidé la fé jurada,

y la palabra empeñada
al Consejo de los Ciento.
Id, pues, á darle la nueva
de que he salvado á un traidor; (*Con marcada intencion.*)
y si en medio su furor
á mi proceder no aprueba;
y aun pretende con pofia
saciar en él su fiereza,
bien: cabeza por cabeza
yo le entregaré la mia.

RAMIRO. Y al pesar tamaña accion,
tanto sacrificio, infiero
dirá todo el mundo entero:
«*que hay nobles que nobles son.*»

